

LA POLÍTICA ECONÓMICA DE LOS '90 Y SUS EFECTOS SOBRE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL TRABAJO AGRÍCOLA EN LA PAMPA HÚMEDA, 1991-2001

Juan Manuel Villulla

Presentación

Como parte de las consecuencias de las políticas “neoliberales” en el agro pampeano, durante la década de 1990 se produjo una modificación en las modalidades, grados y medidas en que venían aportando su fuerza de trabajo los distintos componentes de la mano de obra agrícola. Los datos que exponemos en este documento indicarían un aumento de la participación de obreros rurales entre quienes llevaron adelante las tareas de la producción agrícola, en detrimento de otros contingentes de la fuerza de trabajo del sector, como los trabajadores familiares o “chacareros”, y contratistas.

En este artículo, intentaremos reconstruir parte de los complejos procesos sociales que redundaron en estas transformaciones. Sin dejar de reconocer que muchas de las tendencias que pasaremos a describir pertenecen a la esencia del modo de producción capitalista predominante en el agro pampeano, aún en el molde de una formación económico-social dependiente,

la política económica implementada durante la década del '90 condicionó la forma específica de su desarrollo en el tiempo y lugar seleccionados.

Es por eso que en primer lugar realizaremos una breve reseña de las principales características del modelo económico impuesto entre 1989 y 2001. Luego, nos introduciremos en la evaluación de los efectos que tuvo esta política sobre el agro pampeano, basándonos en parte de los estudios que han abordado el asunto con anterioridad. Por último, analizaremos los cambios y tendencias que se operaron entre las distintas categorías que describen la composición social de la fuerza de trabajo puesta en juego en la agricultura pampeana.

Breve reseña sobre algunos aspectos significativos del modelo económico de los '90

La política económica que fue tomando forma y logró imponerse en Argentina entre 1989 y 1991, reportó una serie de características distintivas. Entre ellas, la centralidad del *pago de la deuda externa* entre los factores estructurantes del esquema macroeconómico, junto a un nuevo proceso de endeudamiento crónico y sistemático;¹ la *privatización* de las empresas públicas; la modificación del marco regulatorio (popularmente conocida como “*desregulación*”) de toda una serie de actividades económicas a favor de grupos concentrados locales y extranjeros (incluido el mercado de trabajo, con la consecuente pérdida de derechos laborales para los

1 La jerarquización del cumplimiento de las “obligaciones” con los acreedores de deuda externa argentina por encima de toda otra serie de prioridades en la asignación de recursos del estado, no impidió –al contrario, y esta es una de las características más importantes del período– la contracción de nuevos compromisos externos, aumentando alternativamente tanto el *pago de deuda* como el *nuevo endeudamiento*. Al finalizar el período comprendido entre 1991 y 2001, la deuda externa total argentina había pasado de u\$s 61.337 millones a u\$s 140.242 millones. Eduardo Basualdo. “Estudios de historia económica argentina.” Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 330.

asalariados); la *apertura* comercial, bursátil y financiera; y la *sobrevaluación* del peso equiparado al valor del dólar.² Durante los años de aplicación de este modelo, la Argentina fue expuesta a nivel internacional como un caso testigo del éxito de la implementación de estas políticas en una profundidad a la que pocas naciones habían llegado. Con el mismo ímpetu, la crisis terminal de 2001 expuso las graves consecuencias económico-sociales de su ejecución, entre las cuales la entrega del patrimonio nacional y sectores clave de la economía a manos extranjeras, la desindustrialización, la desocupación, y el crecimiento de la pobreza y la desigualdad social, revistieron algunos de los rasgos más sobresalientes.

Las motivaciones que estuvieron por detrás de la ejecución de estas políticas, así como sus principales beneficiarios, siguen siendo tema de debate. Para algunos autores, su implementación estuvo condicionada básicamente por los intereses vinculados al pago y al cobro de la deuda externa, móvil al cual se habrían subordinado el resto de las medidas adoptadas.³ Entre ellas, la propia privatización de las empresas del estado, como capitalización de una parte de los bonos en manos de los acreedores (Plan Baker); como prerequisite de la renegociación de otra parte de la deuda (Plan Brady); y como fuente de recursos para afrontar los compromisos pendientes en cuestión. También la apertura y desregulación financiera y bursátil habrían contribuido indirectamente al cumplimiento de los pagos a los acreedores, ya que facilitaban la entrada de divisas –aunque sea temporalmente– en concepto de inversiones y blanqueos de capitales, prescindiendo así de los saldos de una balanza comercial por

2 Mario Rapoport. “Historia económica, política y social argentina (1880-2003)”. Buenos Aires, Emecé, 2005. Aldo Ferrer. “La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI.” Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

3 Jorge Schvarzer. “Implantación de un modelo sin retorno”. Buenos Aires, Editorial AZ, 1998.

entonces deficitaria, y manteniendo el abastecimiento de dólares para el propio giro de deudas, remesas de utilidades e importaciones de las nuevas empresas privatizadas. En línea con esto, la fijación de un tipo de cambio con dólar subvaluado, optimizaba en términos de divisas la recaudación fiscal.

Para otros autores, el pago de la deuda externa y el sistemático endeudamiento no eran fines en sí mismos -desde luego lo eran para los acreedores, que de hecho presionaron en este sentido- sino que estaban subordinados a la *valorización financiera y patrimonial* de la “oligarquía diversificada” local.⁴ Esa valorización se basaba -desregulación mediante- en la participación en las privatizaciones y la fuga de capitales. En tanto este proceso requería divisas, generaba la “necesidad” del endeudamiento externo sistemático, en el marco de la virtual eliminación de las grandes fuentes de ingresos genuinos del estado (empresas de servicios públicos, sistema previsional, aportes patronales, aranceles aduaneros, etc.) y del déficit comercial permanente provocado por el propio planteo macroeconómico.⁵

La política de privatizaciones transfirió no sólo los *activos* del estado al control privado -y crecientemente extranjero-, sino que en el mismo acto delegó en ellos la *regulación* de gran parte del sistema de precios relativos internos.⁶ Esto en la medida en que a través del abastecimiento de los servicios básicos (gas, electricidad, combustibles, agua, transporte, etc.) se afectaron los costos medios del resto de los sectores productivos, e impusieron las condiciones de acceso a los mismos para el conjunto de la población. Un efecto esencialmente

4 Basualdo. Op. cit. 2006.

5 “La deuda externa estatal, impulsada por la eliminación de sus fuentes genuinas de ingresos, cumplió la función de proveer las divisas necesarias para que la fracción dominante local pudiera culminar el proceso de la valorización financiera con la fuga de capitales al exterior.” Idem, p. 332.

6 Daniel Aspiazu. “La industria argentina ante la privatización, desregulación y apertura asimétrica de la economía. La creciente polarización del poder económico.” En Daniel Aspiazu y Hugo Nochteff. “El desarrollo ausente”. Buenos Aires, FLACSO, 1994.

similar ejerció la desregulación del mercado de capitales respecto a las tasas de interés y el financiamiento de la producción y del propio estado.

Si esos factores ejercían una presión desde atrás sobre gran parte de la producción local, al final de la cadena se limitaba la posibilidad de trasladar ciertos costos a los consumidores, ya que la apertura comercial con un tipo de cambio bajo ejerció una función controladora de precios –la cual había sido eliminada formalmente como parte de la política de “desregulación” económica– en tanto facilitaba la importación de bienes terminados baratos que competían en mejores condiciones contra los fabricados aquí. De esta manera, se achicaron los márgenes de la actividad industrial nacional.

Mientras tanto, la posibilidad de remitir remesas de utilidades en dólares a las casas matrices sin mayores impedimentos, hacía atractiva la inversión extranjera directa e incluso la adquisición de firmas locales en actividad (aún a pesar de que la baratura del dólar hacía poco “rendidora” en la economía local a la divisa respecto a contextos con tipo de cambio alto). Por la vía de las quiebras y las adquisiciones en manos de monopolios extranjeros, la industria local se vio expuesta a la competencia internacional en condiciones desventajosas,⁷ lo que profundizó los procesos de concentración, centralización, desintegración local y extranjerización de la producción en esta área de la economía. En la medida en que muchas de estas actividades se tornaron directamente inviables dentro de aquel esquema macroeconómico, se generalizó el cierre de establecimientos industriales, contribuyendo a hacer crecer el peso relativo de las actividades de servicios en la economía, y a reducir el espectro de actividades productivas a los ámbitos con algún tipo de protección especial o a los que

7 Salvo por regímenes específicos que se mantuvieron dentro de las áreas privilegiadas de la acumulación, de lo cual es un caso paradigmático el régimen especial de protección para la industria automotriz. Ana Castellani. “Implantación del modelo neoliberal y restricciones al desarrollo en la Argentina contemporánea”. En Schorr, *et. al.* “Más allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina.” Buenos Aires, CLACSO-Unesco, 2002.

contaran con alguna ventaja comparativa particular. Enfocado en general, el sector agropecuario fue uno de los que estuvo en condiciones de mantener y desarrollar su competitividad. Sin embargo, su crecimiento superlativo en términos de producción y productividad no le permitió escapar a las generales de la ley en cuanto a la profundización de los procesos de concentración y polarización social que caracterizaron la época.

Las consecuencias del modelo “neoliberal” en la agricultura pampeana

La evolución del sector agropecuario durante la década de 1990 presentó un panorama de profundas transformaciones. Teniendo en cuenta la diversidad de aspectos que éstas abarcan, no pretendemos agotar el estudio de cada uno de ellos. Sólo nos centraremos en un repaso de los tópicos principales que, a nuestro entender, articularon las políticas macroeconómicas de los '90 con los cambios en la organización social del trabajo en la agricultura.

La apertura comercial tuvo una de sus expresiones en el ámbito agropecuario con la virtual *eliminación de las retenciones* a las exportaciones de granos. De esta manera, los productores pasaron a recibir el precio “lleno” del mercado internacional, al que sólo cabría deducir los costos de producción, transporte y comercialización. La histórica reivindicación del precio “lleno” por parte de ciertos sectores del agro, supone un contexto permanente y estable de buenos precios internacionales. Sin embargo, la contracara de este proceso de apertura y desregulación fue la eliminación de las herramientas de intervención estatal en el mercado agropecuario local como lo eran las Juntas de Granos, Carnes, y otras similares,⁸ que expusieron a los productores a los vaivenes del mercado internacional sin ofrecer ningún tipo de red de contención respecto

8 Diego Fernández. “El fuelle del estado: sobre la incidencia de las políticas públicas en la concentración de la producción agrícola pampeana (1989-2001).” *Documentos del CIEA N° 3*. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, 2008, pp.33-67; Aspiazu. Op. cit. 1994.

a ellos cuando los precios bajaran, ni respecto al abastecimiento del mercado interno cuando ellos subieran.

Esta apertura comercial, vinculada como estuvo a un tipo de cambio bajo y estable, posibilitó en primera instancia *modernizar los procesos productivos* a través de la adquisición de nuevas maquinarias, la incorporación de la fertilización a las labores agrícolas (prácticamente ausente hasta ese momento de los procesos productivos del agro pampeano), y los paquetes tecnológicos vinculados a las combinaciones de semillas híbridas, herbicidas y el sistema de siembra directa. También *obligó* a esa renovación en la medida en que el tipo de cambio ya no constituía un factor de rentabilidad en sí mismo en el mercado local que potenciara los márgenes obtenidos en el mercado externo.⁹ Expuestas a la competencia internacional –incluso en condiciones desventajosas por los subsidios a la agricultura en EE.UU. y Europa– las empresas agropecuarias debieron buscar en el aumento de la producción y la productividad, vía inversiones y expansión de las escalas, la rentabilidad que ya no les proporcionaba la diferencia de precios externa e interna.¹⁰

9 Como repasara con gran claridad un apologista del modelo agropecuario implementado entonces, “(...) la presión que le metió al agro la convertibilidad fue tremenda. Después de años de retenciones y tipo de cambio artificialmente alto, el campo había quedado sumido en el atraso tecnológico y estaba perdiendo la carrera de la competitividad. Pero eso no se reflejaba porque en el curso de las devaluaciones el agro también se acomodaba, aún sin producir ni crecer de acuerdo a sus posibilidades y a las necesidades del país. [...] Cuando llegó la convertibilidad se desnudó el atraso. Pero trajo consigo también la posibilidad de capturar rápidamente la tecnología que habían desarrollado los países de agricultura más avanzada, como EE.UU. y Europa.” Héctor Huergo, *Clarín Rural*, 29 de abril de 2000.

10 Eduardo Conesa calculaba que la subvaluación del dólar hacia el año 1991 era equivalente a “un impuesto implícito a las exportaciones del orden del 60% determinado por la sobrevaluación cambiaria. Por eso es que el sector agropecuario está jaqueado como nunca en la historia argentina de los últimos años.” Eduardo Conesa. “Desempleo, precios relativos y crecimiento económico.” Buenos Aires, Ediciones Desalma, 1996, p.203.

La confluencia de estos factores de necesidad y posibilidad, redundaron en el impulso hacia un sustancial aumento del volumen de granos cosechados a nivel nacional, que pasó de 37.859.500 de toneladas en la campaña 1992/93, a 62.073.200 de toneladas en la campaña 2001/02. Este proceso debe menos al aumento del rendimiento por superficie -que lo hubo en un 13% promedio- como a la importante expansión del área sembrada en el orden de los 6.000.000 has.¹¹ Lo que nos indicaría que en algún sentido, la combinatoria de precios, costos e innovaciones tecnológicas resultara más favorable a la agricultura que a otras actividades productivas. De hecho, la superficie destinada a la actividad ganadera, tambera e incluso a las explotaciones mixtas, fue cediendo terreno, profundizando el proceso de *agriculturización* que se registraba en el agro pampeano sobre todo desde mediados de la década de 1960.

Sucede que los nuevos costos del modelo “apretaron” los márgenes de rentabilidad de la producción en pequeña escala. La mera presencia de un proceso de apertura combinado con un tipo de cambio fijo subvaluado, no evitó el incremento de precios de *ciertos* bienes y servicios proveídos por los monopolios que pasaron a controlar arterias clave del tejido económico. Esto afectó los costos productivos, pero en el caso de la producción agrícola familiar, resintió también el poder de compra de sus ingresos como unidad de consumo para la reproducción del núcleo doméstico.¹² La privatización de los ramales ferroviarios trajo aparejado el aumento de las tarifas para el transporte de la producción hacia los centros de comercialización, así como graves problemas ocasionados por el cierre de ramales.¹³ Los peajes, fruto de la privatización de

11 Datos del INDEC, Encuestas Nacionales Agropecuarias para la región pampeana, abarcando las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, San Luis y Santa Fe.

12 “Encontramos que desde febrero de 1991, momento en que el dólar se estaciona en el área de los 9.800/10.000 australes, hasta el inicio de 1995 el costo de vida aumentó un 78%, provocando una caída del poder de compra del dólar de un 44% [...]” Fernández. Op. cit, p. 40.

13 Miguel Teubal. “Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la

los caminos, también encarecieron el precio de los fletes por automotor. Los combustibles, si bien tendieron a bajar, lo hicieron sustancialmente menos de lo que lo hacían en el mercado internacional.¹⁴ Mientras que gran parte de los insumos para la producción dependían de la provisión de monopolios extranjeros.¹⁵ Pero uno de los elementos decisivos que mantuvo a una amplia franja de los productores agropecuarios al margen de la percepción de los beneficios de la apertura y el precio “lleno”, lo constituyó su creciente *sujeción al capital financiero* vía los créditos necesarios para encarar el proceso de modernización técnica. Las tasas de interés altas y positivas en función de garantizar la inversión especulativa y financiera a corto plazo, combinada con la necesidad de incorporar los procesos de modernización técnica como una cuestión de supervivencia, generaron entre los pequeños y medianos productores un proceso de endeudamiento crónico masivo, que motivó la hipoteca y el remate de millones de hectáreas, maquinarias y herramientas.¹⁶ Todo esto operó como un elevador de los costos medios, superables eventualmente a través de los mejores márgenes relativos de la agricultura, pero casi exclusivamente a través del aumento de las escalas productivas.¹⁷

Con una rentabilidad inferior a la media, entonces, las pequeñas explotaciones del sector, entre las cuales era importante la organización familiar

pobreza en América Latina?” Buenos Aires, Corregidor, 1995.

14 Fernández. Op. cit. 2008.

15 Fernando Romero Wimer. “El capital extranjero en el sistema agroalimentario pampeano.” *Documentos del CIEA* N° 4. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, 2009, pp.115-145

16 Eduardo Azcuy Ameghino. “De la convertibilidad a la devaluación: el agro pampeano y el modelo neoliberal, 1991-2001.” En: Eduardo Azcuy Ameghino. “Trincheras en la historia.” Buenos Aires, Imago Mundi, 2004, pp. 229-272

17 Eduardo Azcuy Ameghino y Diego Fernández. “Yo acumulo, tú desacumulas, él se funde: en torno a los mecanismos económicos del proceso de concentración del capital en la agricultura argentina a comienzos del siglo XXI.” *V Jornadas de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, 2007.

del trabajo, soportaron los peores efectos de las políticas implementadas, lo que se tradujo en el retiro de la producción de decenas de miles de aquellas unidades, luego de arduas y difíciles batallas de resistencia económica, social y política.¹⁸

Entre 1988 y 2002 desaparecieron así 87.688 explotaciones agropecuarias a nivel nacional, de las cuales 57.160 se encontraban en la región pampeana.¹⁹ Todas por debajo de las 500 has., y con un mayor nivel de casos a medida que descendía la escala de extensión, lo cual puso millones de hectáreas de tierra a disposición de las escalas mayores –particularmente las que se encontraban por encima de las 1.000 has.- que redundaron en un aumento del 42% en la superficie utilizada por ese segmento superior de explotaciones.²⁰ Esto posibilitó la acumulación de capital –bajo la forma de rentas y ganancias- por parte de grandes empresas agropecuarias, *pools* de siembra, y viejos y nuevos propietarios de grandes extensiones. Sigue abierta la discusión sobre la medida en que esta concentración también se operó sobre la propiedad de la tierra.²¹

Estas tendencias nos motivan a considerar una hipótesis que tal vez aún no haya sido suficientemente estudiada, que indicaría que los movimientos hacia la agricultura fueron otra de las expresiones de un proceso subyacente

18 Norma Giarraca y Miguel Teubal. “El día que la Plaza de Mayo se vistió de campo.” En: Miguel Teubal. Op. cit. 1995; María Píriz, Roberto Ringuelet y María del Carmen Valerio. “Un movimiento social de los ‘90: el Movimiento de Mujeres en Lucha de la región pampeana.” La Plata, Nures, 1999; Eduardo Azcuy Ameghino. “El paro agrario de 1994 en la pampa húmeda”. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* N° 30, Buenos Aires, 2009.

19 INDEC. Censos Nacionales Agropecuarios de 1988 y 2002.

20 Eduardo Azcuy Ameghino. Op. cit. 2004.

21 Para la consulta de la polémica alrededor de la existencia, la naturaleza y la magnitud de estos fenómenos, ver Eduardo Basualdo y Miguel Khavisse. “El nuevo poder terrateniente”. Buenos Aires, Planeta, 1993; Mario Lattuada. “Una lectura sobre el poder terrateniente”. *Ruralia* N°5, Buenos Aires, 1994; Eduardo Basualdo. “El nuevo poder terrateniente: una respuesta.” *Realidad Económica* N° 123, Buenos Aires, 1995; Miguel Teubal. Op. cit. 1995.

de mayor alcance, consistente en la profundización de la *concentración de la producción* bajo el influjo de las políticas de “desregulación” y apertura, lo cual habría empujado a los productores a buscar en la agricultura la rentabilidad que no alcanzaban en sus actividades originales.

Los cambios en la organización social del trabajo

El recurso a la actividad agrícola de exportación, a la que se habría recurrido en búsqueda de mejores márgenes en el contexto de fuertes tendencias a la concentración, amplificó las consecuencias sociales de las transformaciones técnicas que se desarrollaban en los procesos de trabajo de la actividad, facilitadas e impulsadas por las necesidades de la propia política económica vigente.

El sistema de siembra directa, los herbicidas que reemplazaron labores mecánicas, las semillas genéticamente modificadas, sumadas a la capacidad de los nuevos tractores y cosechadoras, aumentaron la proporción de los trabajos cortos temporarios por sobre las tareas permanentes o prolongadas, sin requerir la residencia permanente en la explotación como otrora lo hacían la chacra mixta, el tambo o la ganadería.²²

Este proceso de acortamiento de los tiempos de trabajo, también posibilitó un mayor protagonismo del *contratismo de servicios*, ya que las labores podían ser contratadas y realizadas por empresas externas en un lapso breve, sin necesidad de adquirir toda la maquinaria, y reforzando la tendencia a dejar la residencia rural. Para quienes estaban en posesión del equipamiento, las tareas breves les liberaron una masa de tiempo excedente que podían utilizar para prestar servicios fuera de su explotación. De manera que las posibilidades que brindaban estas transformaciones en los procesos de trabajo,

22 Cristobal Kay. “Latin america’s exclusionary rural development in a neo-liberal world.” Ponencia presentada al Seminario de la Latin American Studies Association. Guadalajara, México, 1997.

se combinaron con las exigencias de rentabilidad por las que presionaba el esquema macroeconómico. Mientras un segmento de productores abandonaba la inversión en algunas fases del proceso productivo y se convertía crecientemente en *contratante* de servicios de labores, ya que le resultaba imposible o inconveniente la adquisición en propiedad de las maquinarias necesarias, otra franja de productores asumió el rol de *prestador* de servicios, en cuyo caso, concretada ya la adquisición de la maquinaria y bajo la presión de los intereses bancarios, la oferta de servicios a terceros trabajando un mayor número de hectáreas de las que se disponían en propiedad o arriendo, operaba como el único camino para amortizar los equipos. En este sistema de trabajo también abrevaron muchos de los productores que perdieron su parcela en el proceso concentrador, convirtiéndose en contratistas “sin tierra”. En el reverso, también se sirvieron de este sistema las empresas agropecuarias de mayores escalas, así como los *pools* de diverso origen y tamaño, a quienes les resultaba inconveniente inmovilizar su capital en la compra de maquinaria mientras pudieran servirse del trabajo de los contratistas por una tarifa, manteniendo su flexibilidad productiva y económica.²³

Estudios previos y posteriores al período que nos toca, para las décadas de 1980 y 2000, coinciden en señalar la infrecuencia de los casos en que las empresas contratistas no apelaran a fuerza de trabajo externa, y la práctica imposibilidad de su desarrollo sin el predominio del trabajo asalariado.²⁴

23 “En Los Molinos, Santa Fe, Juan Lombardich tiene una de las empresas de servicios de recolección de granos más grandes de la Argentina; con un “parque” de ocho máquinas de última generación trabaja unas 42.000 hectáreas. [...] En la actualidad atiende con sus servicios, entre otras empresas, a grandes firmas del sector, como Adecoagro y Liag Argentina, que manejan en el país 200.000 y 160.000 hectáreas, respectivamente. Esas dos compañías concentran el 60 por ciento de su trabajo.” *“De profesión, contratista.” La Nación*, 7 de abril de 2007.

24 Ya para los estudios de principios de la década de 1980, Tort advertía que “son relativamente pocos los casos que pueden prescindir totalmente de la contratación de fuerza de trabajo ajena a la familia.” (María Isabel Tort. “Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización económica del trabajo en la

De acuerdo a los datos de la Encuesta Provincial de Servicios Agropecuarios de la provincia de Buenos Aires, realizada para el período inmediatamente posterior al que nos referimos –entre 2002 y 2006– los trabajadores asalariados componían entre el 59 y el 69% del personal de las empresas contratistas, variando de acuerdo al año del relevamiento y mostrando una tendencia creciente.²⁵ Un contingente importante a determinar, de esos asalariados, serían de todas formas familiares del titular.

A través de la contratación de gran parte de las labores agrícolas, o de la transformación de la explotación en una empresa prestadora de servicios de maquinaria, el aporte chacarero, familiar o campesino a la masa de fuerza de trabajo puesta en juego durante el “boom” agrícola, fue mermando su importancia. Esto cambió el rostro a las explotaciones chacareras clásicas, disminuyendo su carácter familiar en el sentido en que esta categoría refería a la organización del trabajo basada en sus propias fuerzas, y pasando a identificarse como explotaciones “pequeñas y medianas”. Sin descartar esta denominación, e integrándola al criterio que juzga el tipo de explotación por la forma en que en ella se organiza el trabajo, podríamos decir que se trata de explotaciones pequeñas y medianas, pero más capitalistas y menos “campesinas”.

El mismo proceso que secundarizó la importancia cualitativa y cuantitativa de los trabajadores familiares, operó en sentido inversamente proporcional en el caso de los trabajadores asalariados. Así como el contratismo

pampa húmeda.” *Documento de Trabajo* N° 11, Buenos Aires, CEIL, 1983, p.75). Estudios contemporáneos ratifican este aspecto aún en contextos regionales en que predominan las unidades pequeñas: “Cada contratista tiene un promedio de dos empleados [...] El empleado, a su vez, representa un apoyo fundamental en las tareas de la empresa. Su aporte laboral es imprescindible para el funcionamiento de la misma”. Ricardo Agüero; Andrea Rivarola; Rita Maldonado. “Caracterización del contratismo de servicios en un sector de la pampa cordobesa: las localidades de Alcira Gigena y Berrotarán. Presentación de resultados preliminares de investigación.” *Mundo Agrario*. Edición On-line, primer semestre de 2007.

25 Dirección Provincial de Estadística de la Provincia de Buenos Aires. “Encuesta Provincial de Servicios Agropecuarios”. La Plata, 2006

hizo crecer relativamente su importancia numérica entre los componentes de la mano de obra del sector, también operó en términos cualitativos, acelerando la reconversión de las especializaciones y calificaciones de los antiguos trabajadores agrarios -peones, puesteros, y demás- en tractoristas y maquinistas relativamente calificados.

A pesar de que este proceso redundara en el crecimiento del peso cuantitativo y la importancia cualitativa de los asalariados, su papel se hizo más “invisible” para la estadística convencional. Además del problema histórico de la subdeclaración de trabajadores por parte de los titulares de las parcelas censadas, el fenómeno más reciente de la extrema movilidad en el espacio de los equipos de contratistas para los cuales trabajaban, externos a gran parte de las explotaciones, hizo particularmente difícil su captación para los censos agropecuarios. Ante estas limitaciones, los censos de población parecen reflejar mejor estos cambios, al basarse en el relevamiento de las personas y no de las explotaciones.

Cuadro 1. Mano de obra agropecuaria discriminada por categoría ocupacional. Región pampeana (1991-2001)

Tipo de mano de obra	Puestos de trabajo		Participación proporcional	
	1991	2001	1991	2001
Trabajadores asalariados	287.827	225.117	54%	63%
Trabajador familiar con sueldo*		9.911	-	3%
Subtotal mano de obra asalariada:			(54%)	(66%)
Trabajador por cuenta propia	153.327	94.515	29%	26%
Trabajador familiar sin sueldo	89.617	29.193	17%	8%
Subtotal mano de obra no asalariada:			(46%)	(34%)
Total	530.771	358.736	100%	100%

* No está discriminado para 1991

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Censo Nacional de Población y Vivienda, INDEC.

El primer dato que resalta del cuadro expuesto es el de un descenso global, en términos absolutos, de todas las categorías que participaban del trabajo en la actividad agropecuaria. Esto se debe en primer lugar al salto tecnológico, que disminuyó la cantidad de horas-hombre necesarias para la realización de las labores. Proceso que en las condiciones particulares en que se desarrolló, redundó menos en una mejora en las condiciones de trabajo y la duración de la jornada, que en una sustancial reducción del personal empleado. La propia concentración de la producción y la desaparición de pequeñas y medianas explotaciones, en que posiblemente fuera preponderante el trabajo familiar, sin duda también aportaron su cuota a la disminución en términos absolutos de la mano de obra dedicada al sector agropecuario.

Los datos también nos indican los cambios en las proporciones relativas en que cada segmento de la mano de obra contribuyó al trabajo en las explotaciones. Podemos observar la mayor preponderancia que pasaron a tomar los trabajadores asalariados en 2001 sobre el resto de los componentes de la mano de obra (63%), expresando un ascenso de casi diez puntos en aquel predominio. Las cifras también nos permiten poner a foco el severo derrumbe de la mano de obra eminentemente familiar -es decir, que no percibe un sueldo por su trabajo- junto a la pérdida de importancia de los trabajadores por cuenta propia.

En el caso de la composición social de la fuerza de trabajo de la producción específicamente *agrícola* -discriminada del resto de las heterogéneas actividades que componen el mundo agropecuario, y que suelen encontrarse fundidas bajo la categoría de “agricultura, ganadería, caza y silvicultura”- sólo contamos con datos discriminados para 2001, por lo que no será posible establecer una tendencia intercensal para el período sino más bien observar la foto más actualizada de que se dispone sobre el tema.

Cuadro 2. Mano de obra dedicada a la agricultura, por categoría ocupacional. Región pampeana (2001)

Tipo de Trabajador	Personas Ocupadas	%
Trabajadores asalariados	99.686	66%
Trabajador familiar con sueldo	4.309	3%
Subtotal mano de obra asalariada:		(69%)
Trabajador por cuenta propia	35.487	24%
Trabajador familiar sin sueldo	10.871	7%
Subtotal mano de obra no asalariada:		(31%)
Total	150.353	100%

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Censo Nacional de Población y Vivienda, INDEC.

En este caso, la imagen que brindan los datos censales es contundente: para 2001, ya casi el 70% de la mano de obra de la agricultura pampeana habría trabajado por un salario, en relación de dependencia. Discriminando entre ellos los asalariados “puros” de los trabajadores familiares remunerados, las conclusiones apenas se matizarían, atribuyendo un 66% y un 3% respectivamente a cada subtipo de trabajador remunerado.

Conclusiones

A través de estas líneas hemos expuesto algunos elementos sobre los cambios operados en la organización social del trabajo agrícola en la pampa húmeda, a la vez que hemos esbozado una hipótesis explicativa de los mismos. La política económica implementada en los años '90, creó las condiciones de necesidad y posibilidad de toda una serie de transformaciones

sociales y técnicas en el agro. De un lado, ejerció una fuerte presión sobre la rentabilidad de las pequeña y medianas explotaciones, entre las cuales se registraron decenas de miles de casos de quiebras. El mismo proceso facilitó el crecimiento de las escalas mayores, configurando un cuadro de aceleración de la concentración de la producción. Como parte de las estrategias de supervivencia y mayor rentabilidad, se aceleró el proceso de agriculturización en desmedro de otras producciones agropecuarias. Parte de los factores que hacían a los márgenes relativamente mayores de esta actividad, lo constituía la posibilidad de acceder más fácilmente a las innovaciones tecnológicas que permitía la apertura comercial y el tipo de cambio bajo. Este acceso se dio por dos vías complementarias: la contratación de servicios de maquinaria agrícola a empresas externas a las explotaciones, sin adquisición directa de equipamiento; y la prestación de los mismos servicios por parte de las unidades que sí adquirirían los equipos en propiedad. Por cualquiera de los dos caminos, el trabajo familiar consolidó su lugar secundario, otorgando una centralidad creciente –cuantitativa y cualitativamente– al trabajo de los asalariados.

De esta manera parecen haberse ido entrelazando las consecuencias de la política económica “neoliberal” de los ’90 –usualmente identificada con la concentración de la producción y la agriculturización– con la relativa “proletarización” de la mano de obra, expresando al mismo tiempo la polarización de la estructura social agraria durante el período estudiado, tanto como el estímulo que las políticas implementadas significaron para el desarrollo de las tendencias propias del modo de producción capitalista, aún con las particularidades que a éste otorga el desenvolverse en el marco de una formación económico-social dependiente como es el caso de nuestro país.

